

DEMANDA CONTRA DESCONOCIDO

Dos actos, de George Neveux. Traducción de Lucía Gabriel. Dirección de Carlos Muñoz, Escenografía y vestuario de Néstor Arzadum. Luces de Gorgias Gnanola. Elenco de la Compañía Florencio Sánchez, en el Teatro Odeón.

Ha sido destino de Neveux vivir inmerso en el más rico ambiente teatral francés, ser un fino conocedor de los valores teatrales, y carecer de dotes naturales para la creación dramática. Su principal obra "Demanda contra desconocido" lo prueba.

Germina por una hermosa y seductora idea: los hombres desdichados que se enfrentan a su creador en un acto de rebeldía, para acusarlo, y el

progresivo descubrimiento de que es su capacidad de sufrimiento la que hace su grandeza. Pero esta idea, si no original al menos rica, no llega a corporizarse nunca en una vivencia artística y humana legítima. Toda la pieza está trazada en forma mecánica, intelectual en el peor sentido de la palabra, porque Neveux no es un creador. La situación y los personajes no son creíbles y por lo tanto todo lo que ocurre resulta esquemático, gratuito. Hay un sólo ser que parece humano, el fiscal, y su diagramado es simplista y mental. Con el agravante de que la mente de Neveux trabaja en la zona de lo ingenioso y nunca atisba nada profundo y verdadero de la vida.

Aun podría reprobarse algo más grave dado el trato constante que ha tenido Neveux con el teatro: la pobreza de sus resoluciones escénicas, sobre todo el primer acto reducido a diálogos de cada uno de los demandantes con el fiscal, y las transiciones ilegítimas del segundo.

Es inexplicable que la Compañía Florencio Sánchez haya agregado este título al ya censurado de "Mademoiselle", sobre todo porque tampoco es un pretexto para una actuación valiosa. La obra no tiene carnadura como para que los buenos actores de la compañía puedan mostrar sus condiciones, y Carlos Muñoz tampoco pudo dotarla de convicción y de interés escénico. Su puesta en escena descansa sobre el hieratismo vagamente simbólico, especialmente en el primer acto, y carece de animación y de emotividad. La obra progresa a sacudones, sin fraseo armonioso, lo que quizás también pueda atribuirse a escasos ensayos.

Los actores se sintieron paralizados e incómodos en sus respectivos personajes. Salvo una Violeta Amoretti que fué dúctil en su sencillez, y un Roberto Pérez Soto que puso una nota de vivacidad con un trabajo en una amplia gama de comediante, los demás estuvieron por debajo de sus anteriores actuaciones. Los elementos escenográficos de Arzadum fueron sugerentes aunque no se vincularon entre sí y mucho menos con el mobiliario; hubo momentos en que las luces realzaron con justeza esos elementos. El vestuario en cambio, no estuvo a la misma altura.